

Ese pedazo de cielo azul

Mirian Carvajalino Pagano
Egresada del TEUC

Así te imaginaba... viendo el amanecer tras la ventanita enrejada de tu alcoba, sin más paisaje que ese pedazo de cielo cubierto de ocre y de neblina; ese pedazo de cielo que durante tantos años ha sido testigo de tus lamentos y que hoy, precisamente hoy, se ha tornado azul para acompañar, solidario, tus vacíos.

Sin embargo, las dos sabemos que ni siquiera ese pedazo de cielo te alejará de los recuerdos: de mi recuerdo. Todo lo

contrario, hoy me traes con más fuerza a tu memoria.

Sí, hoy cumpliría mis 15 años...

A veces me siento culpable, porque imagino que tu suplicio es por mi perdón que no has escuchado. Si es así, no debes preocuparte.

Me evocas, y voy emergiendo poco a poco de tus desechos interiores: me inventas bella, bajando las escaleras de tu mano, vestida de seda y organdí. Luego, envuelta en la flaqueza del remordimiento, buscas mi sombra vaga reflejada en todos los espejos de la casa y, a través de tus ficciones, la encuentras —como hace tantos silencios ya—, acunada en mortajas. Y por último

colocas sobre la mesa, como si en verdad estuviéramos de fiesta, el mantel de encajes, una canasta de frutas frescas entre flores secas y un pastel cubierto de moho, donde duerme tu sueño una muñequita de azúcar vestida de raso azul.

Ya no te mortifiques más. Mira que si sigues inventando ayer jamás saturará la llaga que carcome tu presente. A veces me siento culpable, porque imagino que tu suplicio es por mi perdón que no has escuchado. Si es así, no debes preocuparte. Pues aunque etérea, siempre te he buscado en mi nada y, así te parezca absurdo, desde mi exilio seguiré velando tus nostalgias.

Levántate ya. Deja esa cama. Mira que llegarás tarde a la oficina. Eres tan terca. Ah, persistes en desenterrarme. Si crees que tu vuelo hacia el pasado te calma el remordimiento, entonces te acompaño y, las dos, envueltas en mi sombra, recorreremos tus derrumbes.

Ahí estás, mírate: bella en tus veinte años.

Me pregunto a quién de los dos me hubiera parecido. Por qué nunca le dijiste que habitaba en la orfandad de tu adentro... Quizá me hubiera rescatado y hoy, enredada en las notas de un violín, bailarías con él mi primer vals. Ya ves: rota y sin haber sido, me uno a tus retazos de sueños y pienso, al unirlos, en lo hermoso que hubiera sido vivirlos.

Bueno, ya de qué vale pensar en ser, en el no soy, en el no fui, en el no era, en el sería... Lo importante es este ahora: el que tú vives. Por fortuna ya dejaste de ser la marioneta pendida a ese mundo de fantasía, cámaras y pasarelas, donde después de cada aplauso hasta tu propia sombra te relegaba al ostracismo.

No. No digas nada. Déjame terminar. Muchas veces te di a entender que tu frivolidad no me incomodaba; todo lo contrario: te amé desde el primer instante en que hice de tu sangre; y, sin embargo, me condenaste a convivir con tus espectros.

Eso que dices no es cierto. Cómo ibas a amarme si no soportabas la idea de sacrificar por “un accidente”, como me llamabas, tu belleza: la que jamás imaginaste efímera. Sí, estoy un poco alterada. Discúlpame. No creas que te estoy recriminando, ni me percibas como víctima o verdugo, solamente trato de exhumar con la verdad, y de una buena vez, la carga que te asfixia.

Qué te parece si por hoy le damos una tregua a la nostalgia. Y para empezar, y como es un día tan especial, ¡te tengo un regalo de cumpleaños!

“Me pregunto a
quién de los dos me
hubiera parecido. Por
qué nunca le dijiste
que habitaba en la
orfandad de tu
adentro...”

No llores más. Mira que si persistes en atesorarme entre tus escombros no te digo nada. Anda, ya deja de mirar ese pedazo de cielo azul. Te estoy hablando. Mírame. Toma, brindemos con este jugo de naranja. Por favor, apaga ya ese cigarrillo, hoy más que nunca debes cuidarte.

Cómo así que ya nada puede afectarte... Explícate. Eso que dices sólo puede ser comprensible cuando sepultamos la fe

entre nuestras propias ruinas.

Habla. Dime algo. Está bien,

aunque no lo entienda, respeto tu silencio.

Ahora ya
somos dos,
desde tu propia
nada, para
redimir tu
grito.

Me gusta cómo abrazas tu vientre. Te ves tan... hasta creo tocar tu alma. No me mires así, pero es la primera vez que vislumbro en ti un poco de ternura. Eso significa que ya lo sabes. Lástima. Y yo que pensaba darte la buena nueva como regalo de cumpleaños. Deberías estar feliz y es todo lo contrario: parece como si lo único que ocupara tu adentro fuera la nada y el vacío, acaso...

Debí suponerlo, mamá. Ahora comprendo el porqué de tu todo desbastado. Acércate. Déjame cobijar tu vientre, está tan frío. Míranos. Aquí estamos. Ahora ya somos dos, desde tu propia nada, para redimir tu grito.